

ya por las amonestaciones del mismo Orsini. Posteriormente el príncipe heredero de Prusia dijo en una carta al príncipe consorte de Inglaterra que el puñal italiano parecía haber llegado á ser una idea fija de Napoleón.

No por esto fueron menos vivos los temores de conspiraciones contra la vida del emperador fraguadas por refugiados franceses y en el mismo país; pues así lo indicaron las gestiones diplomáticas del gobierno francés para hacer inofensiva la emigración, y el cambio en la política interior de Francia. Desde los primeros días después del atentado se organizó un verdadero diluvio de exposiciones manifestando cuán indignado estaba el país de que naciones amigas concedieran hospitalidad á conspiradores y asesinos. Empezaron con estas exposiciones los presidentes del senado, del Consejo de Estado y del cuerpo legislativo; á estos siguieron los consejeros generales de los departamentos, muchas corporaciones, los jefes superiores del ejército y naturalmente toda la prensa adicta. Las quejas y ataques iban dirigidos en primer lugar contra la Inglaterra, pero también los hubo contra los Estados vecinos pequeños, la Bélgica, la Suiza y el Piamonte, y no se podía negar que en ellos existían los focos principales de las conspiraciones contra el imperio. No había más que mirar, dice Bulle en su obra alemana: *Historia de los últimos tiempos*, los escaparates de las librerías de Bruselas ó de Ginebra para ver cuánto veneno y malicia se reunían allí contra el bonapartismo. También los periódicos liberales de estos países tomaban parte en la lucha contra Napoleón, bajo la influencia de refugiados franceses. Por lo demás, en los tres países se apresuraron los gobiernos á atender á las quejas francesas. Mas adelante hablaremos del Piamonte. En la Suiza, á la cual Napoleón había favorecido pocos meses antes zanjando el conflicto de Neufchatel, el consejo federal se valió de sus atribuciones ordinarias para satisfacer á Napoleón; el gobierno democrático de Ginebra, que se resistió á efectuar la expulsión de diez y siete italianos, tuvo que ceder á la fuerza y el consejo federal rechazó su queja. También en Bélgica se apresuró el ministerio liberal bajo la presidencia de Rogier á satisfacer á Napoleón con proposiciones de ley respecto de la policía relativa á extranjeros y á ofensas hechas á regentes extranjeros, y las cámaras, en las cuales por fortuna este ministerio tenía una numerosa mayoría, no se resistieron á aprobar estas leyes.

En cambio amenazaban turbarse seriamente las relaciones con Inglaterra, ya bastante frías. En los círculos militares de París se deseaba la ruptura con aquella potencia. El mariscal Baraguey d'Hilliers, que ya había perdido un brazo, dijo con mucha fanfarronería que no le importaría perder también el otro con tal que fuese combatiendo contra un país que cubría con su bandera á semejantes monstruos. Otros decían que la copa estaba llena hasta el borde (1). El gobierno imperial se expresó con más moderación, pero Walewski pidió en una nota del 20 de enero al gabinete inglés garantías contra los conspiradores, diciendo que esto no lo podía negar ningún país á otro. Esta nota, publicada por el *Monitor*, conmovió necesariamente toda la nación inglesa, tanto más cuanto que Persigny, entonces embajador francés en Londres, se mostró muy altanero, lo que después se atribuyó por vía de excusa á informes intencionalmente equivocados de Walewski, que era su enemigo y deseaba poner en su lugar á una hechura suya (2). La indignación de la opinión pública en Inglaterra se manifestó muy energicamente en numerosos *meetings*; pero por otro lado creyó lord

(1) *Duque de Coburgo*, tomo II, pág. 416.

(2) Carta del príncipe Alberto á Stockmar, 27 de marzo de 1858.

Palmerston poder complacer al emperador de Francia, y propuso en 8 de febrero en el parlamento una ley que penaba con cinco años de trabajos forzados á todo conspirador contra la vida de una persona aunque ésta fuera extrajera. Esta complacencia tuvo por resultado la salida de Palmerston del ministerio; porque en 19 de febrero la cámara de diputados, á propuesta de Milner Gibson, aprobó por 234 votos contra 215 un voto de censura contra el ministerio, porque éste había propuesto aquella ley sin haber consultado primero como merecía al despacho amenazador de Walewski. De resultados de esto formó lord Aberdeen en 1.º de marzo un gabinete conservador, en el cual lord Malmesbury se encargó de la cartera de Negocios extranjeros. Malmesbury puso término en seguida al conflicto con Francia, y como Napoleón tampoco deseaba la ruptura, mandó decir á Persigny en 11 de marzo que su objeto no había sido sino llamar la atención del gobierno inglés sobre los conspiradores que vivían en Londres y que estaba muy lejos de exigir más, ni tampoco deseaba prolongar la discusión sobre este punto, ya que podría perjudicar á la dignidad y buena inteligencia de ambos países. Para mayor satisfacción nombró en lugar de Persigny, cuya salida de la embajada fué por lo demás muy sentida en Londres, á Pelissier, que como vencedor de Malakoff debía ser para los ingleses persona grata.

Más serias que estas pasajeras complicaciones diplomáticas, fueron las consecuencias que el atentado tuvo en la política interior de Francia. Fuese por el descubrimiento de una gran conspiración verdadera que hubiese espantado á Napoleón, ó que hubiese sido víctima en este sentido de exageraciones de las personas reaccionarias de la corte, el hecho fué que el emperador se decidió á tener las riendas de su gobierno más tirantes, después de haberlas aflojado un tanto desde la paz, para imponer silencio á la oposición extrema y perniciosas. Pocos días después de la apertura de las cámaras les fué presentada la ley de seguridad, que castigaba con cinco años de cárcel la excitación á la sublevación, la fabricación y el reparto de armas prohibidas y de proyectiles explosivos, y con dos años de prisión á cuantos entrasen en sociedades secretas, tanto dentro del país como en el extranjero, con el objeto de excitar el odio y al desprecio contra el gobierno. El ministro del Interior era el encargado de internar en Francia ó Argelia ó de expulsar del territorio francés á todas las personas condenadas según esta ley, la cual concedía el mismo derecho al gobierno contra todas las personas que hubiesen sido castigadas por un gran número de leyes que se citaban en la nueva, y en particular contra los condenados de mayo y junio de 1848, junio de 1849 y diciembre de 1851, siempre que hechos graves les hiciesen nuevamente sospechosos. Estas disposiciones excepcionales debían durar siete años. El primer proyecto de esta ley había sido mucho más riguroso y lo había desechado el Consejo de Estado con el consentimiento de Napoleón; la ley definitiva, mucho más suave, fué aceptada solamente por 31 votos contra 27. Se atribuyó á Miguel Chevalier el haber combatido con mayor energía esta ley, contra la cual hablaron en el cuerpo legislativo además de Ollivier los marqueses de Andelarre y Talhouet; mas en la votación resultaron solo 24 votos negativos contra 217. En el senado hubo hasta un adversario de la ley, el general Mac-Mahon, que la rechazó á pesar de la advertencia de Vaillant, ministro de la Guerra, de que con esto perdería la esperanza de recibir el bastón de mariscal (3). Mac-Mahon dijo que aquella ley violaba los principios de 1789, dando á los ministros atribuciones de

(3) Senior, tomo II, pág. 161.

juez. Los demás 135 senadores aceptaron la ley del 25 de febrero sin objeción.

Habiéndose retirado Billault del ministerio del Interior, motivando su salida, en 6 de febrero, con la no aceptación de sus planes relativos á la reorganización de la policía, encargó el emperador el manejo de la nueva arma al general Espinasse, uno de los auxiliares más decididos y duros del golpe de Estado; y á mayor abundamiento le dió el emperador las instrucciones más energéticas (1), diciéndole entre otras cosas el 15 de febrero: «El cuerpo social está roído por enemigos de los cuales tenemos que desembarazarnos á cualquier precio. También entre los prefectos los hay que á pesar de sus protectores deben ser destituidos, y en este punto cuento con el celo de usted. No trate usted de tranquilizar con una benignidad inoportuna á los que han visto con terror su entrada en el ministerio. Es preciso que le teman á usted, pues de otro modo no tendría razón de ser su nombramiento.»

Espinasse, fiel á estas instrucciones, llamó á los prefectos á París, indicó á cada uno de ellos el número de prisiones que había de efectuar en su departamento, y al ser preguntado á quiénes habían de prender, contestó: «Yo digo el número de prisiones, lo demás es cosa de ustedes.» Se calcula el número total de las víctimas de esta orden en unas 2,000, en lo cual concuerdan bastante todos los autores. Fueron desterrados á Argelia unos 300, según Helie, y según otros más de 430. Eugenio Tenot y Antonino Dubost, en su libro: *Les suspects* en 1858, publicado todavía bajo el imperio en 1869, refieren horrores de la violación infame de toda justicia y de todo sentimiento de humanidad, así como de las venganzas personales y de los actos de codicia á que dieron lugar estas prisiones. Aunque no se puede decir que el emperador ignoró personalmente estos abusos de la fuerza, siempre era el responsable de todo, por ser obra de sus órganos. Por lo demás, estaba personalmente en aquellas semanas poseído de un humor exacerbado y negro. Cuando en el cuerpo legislativo se manifestó entonces la oposición contra nuevas exigencias de Hausmann, dirigió Napoleón violentas reconvenciones al diputado Calley de Saint-Paul, suegro de Fleury, por su oposición, y al disculparse éste con su deber de diputado de vigilar la administración, le contestó: «Cuando se piensa así no se solicita el apoyo del gobierno (2).» Las segundas elecciones, que justamente entonces se estaban verificando, indicaron al emperador que la masa de los electores no se dejaba ya atemorizar, y si por un lado se retiraron los candidatos liberales Havin y Peyrat, por otro fueron elegidos Julio Favre (en 27 de abril) y Ernesto Picard (10 de mayo 1858), refuerzo oratorio valioso para el pequeño grupo de la oposición.

En aquella época (3) corrían voces de que Espinasse no gozaba ya del favor del emperador, y en efecto, fué destituido á mediados de junio, siendo el motivo visible un conflicto con el clero. El ministro se había propuesto obligar á los establecimientos de beneficencia á vender sus bienes, calculados en quinientos millones de francos, que solo producían dos y medio por ciento de interés, y á emplear el capital obtenido en la venta en títulos de la renta francesa. A esto se opuso el clero y el emperador lo apoyó, á consecuencia de lo cual Espinasse presentó su dimisión; mas la exposición que dirigió al emperador para justificar su conducta prueba que los motivos verdaderos de su dimisión fueron otros (4), pues en

(1) *Papiers secrets*, pág. 308.

(2) Viel Castel, tomo IV, pág. 269.

(3) Viel Castel, tomo IV, pág. 262 (24 de abril).

(4) *Papiers secrets*, pág. 308.

ella dice que la situación de entonces se parecía á la de 1851 y si el peligro no hubiese sido tan grande en aquella fecha, el golpe de Estado parecería el acto de un ambicioso vulgar que aprovecha en beneficio suyo algunos desórdenes pasajeros. El hecho de haber saludado el país á Napoleón como salvador probaba que el peligro era tan grande que ni seis años de paz y tranquilidad lo hubieran podido apartar, conforme lo atestiguan los trabajos de los demagogos en las elecciones y el atentado de Orsini. Después dice en su memoria que no había cambiado la situación en lo principal y que cabalmente entonces se observaba en París una fuerte tendencia á favor del orleanismo, y en varios puntos de las provincias un movimiento notable en sentido legitimista, mientras que el gobierno tenía en sus manos abundantísimas pruebas de trabajos demagógicos. Después de esto, rechazaba Espinasse en su exposición la acusación de celo excesivo, diciendo que el emperador mismo le había echado en cara que carecía como todo militar de valor cívico, porque no había enviado advertencia ninguna á ningún periódico y ni siquiera había suprimido el *Sécle*. Si algunos errores se habían cometido eran por culpa de los prefectos, que se habían servido de las actas de 1852 sin tomarse el trabajo de rectificarlas según la experiencia hecha posteriormente. Al final de su exposición rehuía la responsabilidad de la mala marcha del comercio, señalando las consecuencias de la crisis de 1857 que se dejaban sentir en todos los países.

Esta justificación no modificó la resolución del emperador. En 14 de junio fué reemplazado por Delangle, que como presidente del tribunal imperial había dirigido la causa criminal de Orsini y que además era uno de los servidores más celosos del emperador y no pretendía adquirir importancia política personal. Más significativo que este nombramiento fué el del príncipe Napoleón, que desde febrero ocupó ya un puesto en el ministerio, y en 24 de junio fué nombrado jefe de un nuevo ramo administrativo, el de las colonias y Argelia. Teniendo el príncipe fama de liberal, el público vió en su nombramiento y en la retirada de Espinasse el comienzo de una tendencia más expansiva. Solo las personas muy bien informadas vieron en todo esto la verdad, es decir, la decisión del emperador de intervenir seriamente en los asuntos de Italia.

CAPITULO VI

LOS COMIENZOS DE CAVOUR

Se dice y por muchos motivos es también probable que el emperador desde el atentado de Orsini estaba cada día más convencido de que solo podía desarmar á los conspiradores más peligrosos si hacía algo en favor de Italia; pero además de esto, debieron de influir en su ánimo simpatías antiguas á favor del país del cual descendía su dinastía y cálculos políticos que le impulsaban á buscar la amistad de Italia. Esperaba hacer á Italia independiente de la influencia austriaca y suplir esta influencia por la francesa, pensando al mismo tiempo adquirir para la Francia la Saboya y hasta Niza y extender además la preponderancia de la Francia en el Mediterráneo. Véase ya en su imaginación jefe de las naciones neolatinas, y con esto no dudaba que proporcionaría á Francia la verdadera y más sólida base de su preponderancia en Europa. No olvidó tampoco la aureola moral que adquiriría como adalid del principio de las nacionalidades y la gloria de poder sustituir por este camino á las odiadas condiciones del congreso de Viena un nuevo orden de cosas europeo. Desde la alianza con el Piamonte en la guerra de Crimea, y mucho más desde la presencia de Cavour en el congreso de París, estaba